

TRIBUNA DEL LECTOR

En los albores del siglo XXI

▼ **Es imperativo buscar formas más amables y cívicas de convivencia entre los cubanos y Estados Unidos, acabando con la absurda polarización del presente que sólo tiene dos caras: la intransigente dictadura en La Habana y el cabildeo pro Washington del sector dominante en el exilio.**

MARIFELI PEREZ-STABLE

Cuba y Estados Unidos no parecen aptos para tener relaciones normales. No lo fueron antes de 1959 y no lo han sido desde entonces. La república nació con el signo de la nefasta Enmienda Platt y su derogación en 1934 no significó que el acontecer cubano desapareciera del radar geopolítico de Washington. La Guerra Fría le insufló nuevas exigencias a lo que el presidente McKinley tildara de "singular intimidación" entre EU y Cuba. El triunfo de la revolución cubana polarizó radicalmente la relación entre Washington y La Habana: la primera reaccionó atónita y prepotente ante el desafío en plena Guerra Fría que le planteara la hasta entonces "siempre fiel" Cuba; la otra se afirmó intransigente e independiente a noventa millas de la nación más poderosa del planeta y se alió a la aparentemente eterna Unión Soviética.

Aunque el ocaso del mundo bipolar pronto cumplirá su primera década, la relación EU-Cuba sigue atascada en los viejos patrones, marcados más por esa singular intimidación forjada a la vuelta del siglo XIX que por los crudos espectros de la Guerra fría. Nos encontramos, claro está, en los albores del siglo XXI y Estados Unidos no tiene ni remotamente el mismo interés en Cuba que hace un siglo. Si así fuera, jamás se hubieran firmado las leyes Torricelli y Helms-Burton, ya que fueron promulgadas, principalmente, por consideraciones de política interna y no con miras a los requerimientos de una política exterior que, realmente, apoyara una transición pacífica hacia la democracia en la isla. El que Estados Unidos le haya cedido el tablero cubano a sectores minoritarios de la opinión pública nacional es, precisamente, la mejor evidencia de la bajísima prioridad en sus relaciones internacionales que Washington le otorga a Cuba.

El gobierno plattista

Pero no es sólo Estados Unidos el que perpetúa ese empecinado y singular patrón: el plattismo es un reflejo aferradísimo en la cultura política cubana. Es ciertamente irónico que un gobierno, el cubano, que tanto se jacta de su nacionalismo, sea portador del más arraigado plattismo. Sus voceros no se cansan de insinuar que el levantamiento del embargo posibilitaría los cambios en Cuba. Punto y aparte de las exigencias de EU, la democratización y las reformas económicas son ineludibles por razones cubanas. Por otra parte, el que las leyes Torricelli y Helms-Burton se deban principalmente a las presiones del lobby cubanoamericano en Washington no es más que la extensión al exilio de los viejos hábitos criollos de consultarle los más diversos asuntos a la embajada norteamericana. Si Cuba ha de ser democrática, será porque los cubanos, principal-

mente los de la isla, así la labraremos y no porque sectores del exilio hayan sido eficaces en promover estos engendros de leyes que pretenden dictarle al pueblo cubano las pautas de su futuro.

En días recientes (28 de julio-1 de agosto) se reunió en el recinto de El Escorial de la Universidad Complutense un prestigioso grupo de intelectuales y activistas para debatir la situación actual de Cuba y sus perspectivas de democratización, a la luz de las experiencias de América Latina, España, Portugal y Europa del Este. Organizado conjuntamente por el Instituto de Estudios Cubanos (IEC) y la revista *Encuentro*, el seminario recibió fondos del National Endowment for Democracy (NED) que parcialmente cubrieron los gastos; la otra parte fue asumida por la propia Complutense. El apoyo del NED —fundación creada por el Congreso de Estados Unidos para promover la democracia en otros países— ha suscitado algunas críticas insidiosas.

Mediante sus actividades, el IEC y *Encuentro* intentan propiciar un amplísimo análisis de la problemática cubana, poniendo como única condición el respeto a las ineludibles y necesarias diferencias de enfoques. De vocación fundamentalmente intelectual, los directores del Instituto y de la revista sienten la urgente necesidad de repensar a Cuba, incluyendo la empecinada y confundida relación de codependencia entre los cubanos y Estados Unidos. Perpetuar la absurda polarización del presente es aceptar que esta relación sólo tiene dos caras: la de una dictadura en La Habana que se escuda detrás de un nacionalismo intransigente a expensas del bienestar del pueblo cubano y la del sector dominante del exilio que tanto se vanagloria de su eficacia como lobby en Washington.

El ejemplo de Fernando Ortiz

A principios de los años 20, Fernando Ortiz y otras destacadas personalidades de la época formaron un movimiento cívico-nacional de denuncia y exigencia ante la desfachatez de la administración del presidente Alfredo Zayas. Aunque sus demandas coincidían básicamente con las del general Enoch Crowder, precónsul de Washington en La Habana, Don Fernando y sus aliados no se dejaron intimidar por las demagógicas proclamas de nacionalismo que entonces se escucharon de boca de los zayistas. Fernando Ortiz, el más agudo estudioso de la cubanía en el siglo XX, nunca desatendió su responsabilidad como intelectual preocupado por el quehacer político. El Instituto y *Encuentro* se insertan, modestamente, en esa tradición, hoy más necesaria que nunca, e intentan trazar difíciles líneas diagonales que eventualmente faciliten formas más amables y cívicas de convivencia entre nosotros y con —al decir del joven ensayista Rafael Rojas— nuestro inevitable vecino. No importa, pues, que los polos pretendan descalificarnos.

Es presidenta del Instituto de Estudios Cubanos y colaboradora de la revista 'Encuentro'.